



El sentido

El sentido de la vida es un misterio que ha ocupado a los filósofos, científicos y artistas a lo largo de la historia. Algunos creen que el sentido se encuentra en el amor, otros en el conocimiento o en la búsqueda de la felicidad. Sin embargo, lo que es cierto es que cada uno de nosotros debe encontrar su propio camino y su propia definición de lo que significa vivir con propósito.

Temas Humanísticos

Temas Humanísticos

El «sentido» implícito del nazismo

Camilo García

Instituto Hispano-Portugués, Estocolmo

En su cuento "Deutsches requiem" Borges nos propone una interpretación "extraña" e inusitada del nazismo alemán. Apoyándose en la idea básica de Schopenhauer sobre la historia que expuso principalmente en su libro *Parerga y Paralipomena*, considera que todos los acontecimientos que la componen, por más lejanos que estén en el tiempo, están íntimamente relacionados entre sí. Todo suceso que ocurre en el presente o que podrá ocurrir en el futuro está prefijado o preestablecido por un hecho del pasado. Lo que existe en la historia de los hombres se debe a la presencia inmutable de acontecimientos pretéritos que tienen el poder de fijar el contenido de lo que es hoy y será mañana. Con lo que la idea típicamente moderna y racional sobre la capacidad libre de los hombres para construir y elegir un destino diferente al inscrito en las formas del pasado queda anulada. El peso de lo ya ocurrido alguna vez define todas las posibilidades del ahora; ellas no son más que variaciones aparentes de un signo preescrito que es necesario leer e interpretar.¹

El caso del nazismo, para Borges, es un fenómeno que confirma concreta y perfectamente esta visión de la historia. Por boca del personaje central del relato, el oficial nazi y jefe del campo de concentración de Tarnowitz, Otto Dietrich zur Linde, trata de demostrar la plausibilidad racional de esta interpretación. Pues Dietrich zur Linde piensa que la raíz interna y oculta del nazismo y sus prácticas de barbarie, que no ha sido considerada por los historiadores, hay que buscarla en un episodio lejano en el tiempo sucedido en Alemania en el siglo XVI: la traducción de la *Biblia* hecha por Lutero. Un enfoque estrictamente científico de la historia no aceptaría de buen grado la validez cognoscitiva de esta idea porque difícilmente se puede considerar una causa real del fenómeno en cuestión; es una relación que empíricamente no se puede contrastar. La distancia en el tiempo que separa la supuesta causa de su efecto es suficientemente grande y amplia para impedir que la primera tenga sobre la segunda un peso decisivo o real. Y en caso

¹Esta idea de la historia de Schopenhauer es diametralmente opuesta a la que hizo época cultural en Alemania a principios del siglo pasado a partir de la obra de Hegel. No es la repetición o la prolongación igual del pasado en el presente y el futuro lo que constituye para la razón filosófica la esencia más íntima del devenir histórico. Lo que viene realmente ahora o vendrá seguramente después es un conjunto de acontecimientos que *superan* lo pre existente; es decir, que niegan o suprimen el lado negativo o irracional que poseen. El objetivo de los conceptos de la dialéctica que construyó era mostrar, con el pensamiento y para el pensamiento, las condiciones necesarias para la negación real y definitiva de la negatividad que atraviesa el pasado histórico. Esta pretensión absoluta que resultó ser, con el paso del tiempo, una pura ilusión que el sujeto racional fabrica sobre su vida, fue, sin embargo, como se sabe, un elemento poderoso que se incorporó al pensamiento moderno de Occidente a través del marxismo. Ni siquiera el propio Nietzsche, que se enfrentó violentamente contra esta idea del progreso histórico, escapó al equívoco de creer que el verdadero sentido de la historia descansaba en el que Hegel le atribuía. "Schopenhauer, nos dice, en su furor no inteligente contra Hegel consiguió separar a toda la última generación de alemanes de la conexión con la cultura alemana y semejante cultura... consistía en el alto grado y la finura adivinatoria alcanzada por el *sentido histórico*" (Citado por Karl Löwith en su libro *De Hegel a Nietzsche*. Edición Suramérica. Buenos Aires. 1974. Pág. 254). Las ficciones literarias de Borges nos recuerdan una vez más esa idea del pensamiento de Schopenhauer que indica que la negatividad que anida en la historia es y será siempre mientras subsista la vida que la engendra como condición de su propia realidad. Por eso, si todavía es posible hallar un sentido a la historia, es el que brote de la decisión y voluntad de los hombres de combatir sin fin, durante el espacio que dure la vida, y con los medios prácticos de la razón, la negatividad que aparece y reaparece sin cesar.

de que se admita hipotéticamente la existencia de esa conexión, el episodio que se trata de examinar como efecto quedaría necesariamente transformado o sobredeterminado por los múltiples hechos que mediata o inmediatamente lo preceden y a través de los cuales se liga al origen lejano del que depende en última instancia. La eventual presencia real de ese origen en el efecto se vería entonces, si no anulada, por lo menos, reducida a dimensiones irrelevantes.

Sin embargo, si se miran mejor las cosas y nos colocamos en el plano del *sentido interno* de los acontecimientos, que en este caso tiene la forma de un no-sentido, esta idea no deja de tener validez real. Pues el hecho cultural de la traducción de la *Biblia* escrita en latín al idioma vernáculo permitió efectivamente al pueblo alemán, como a ningún otro pueblo europeo durante el curso de la emergencia de la historia moderna, acceder, a través de un contacto directo y personal, al contenido de su mensaje religioso. Desde ese momento pudieron aprender de manera profunda lo que ese texto sagrado de la religión judeo-cristiana dice. Al ser transcrita a su propio idioma la *Biblia* quedó dispuesta como un texto abierto a la posibilidad casi natural de su entendimiento. La fuerza del espíritu religioso que adquirieron y mostraron en el curso posterior de su historia se debe en gran parte a la abolición de esta barrera lingüística-cultural que inauguró Lutero. En la vida del pueblo alemán la palabra escrita de Dios se convirtió, por este camino, en un signo vivo de su ser; en un marca que dio forma a la fisonomía de su alma.

¿Qué fue realmente, entonces, lo que aprendieron tan bien los alemanes al escuchar o leer diariamente los relatos y mensajes de la *Biblia*? ¿Qué fue lo que grabaron de su contenido tan profundamente en su interior hasta hacerlo el sustento espiritual de su mundo histórico? Aprendieron, sin lugar a dudas, algo esencial: que el Dios de la religión judeo-

cristiana promete a los hombres salvar sus almas después de la muerte para que, libres de las cadenas finitas y materiales del cuerpo, puedan gozar de la felicidad eterna en el paraíso al lado de su presencia absoluta. De la *Biblia* aprendieron los alemanes, antes y mejor que otros pueblos en Occidente, que la felicidad es un fin posible y alcanzable siempre y cuando se cumplan durante la existencia terrenal las condiciones éticas que Dios exige. Esta promesa, que expresa de modo mistificado el mayor deseo natural de los seres humanos, la hicieron suya hasta convertirla en el horizonte

*¿Qué fue
realmente,
entonces,
lo que
aprendieron tan
bien los alemanes
al escuchar o leer
diariamente los relatos y
mensajes de la Biblia?
¿Qué fue lo que grabaron
de su contenido tan
profundamente en su
interior hasta hacerlo
el sustento
espiritual de su
mundo
histórico?*

espiritual de su existencia. Se transformaron en fieles creyentes de este ideal atribuido a Dios y del que no habían sido originalmente sus autores. Es decir, se hicieron, desde ese instante, los más profundos portadores en Europa del mensaje judío que la *Biblia* les transmitía. El espíritu esencial de los judíos pareció así encarnarse en ellos para asegurar su triunfo definitivo en

Alemania. La “astucia de la razón” que Hegel descubrió en la marcha de la historia adquirió aquí una prueba de su tozuda validez: el dominio espiritual del pueblo judío en Occidente sólo se podría consumir al precio de sacrificar la presencia visible de ese dominio y asegurar que otro pueblo asumiera para sí los elementos de su espiritualidad.

Sin embargo, la fuerza que adquirió en los alemanes esta promesa ideal no fue, ni mucho menos, suficiente para suprimir la presencia real y cotidiana del dolor que acompaña naturalmente la vida. El sufrimiento continuó asediando la vida de los alemanes a pesar de haber adoptado en su interior esa imagen cultural de la felicidad absoluta. Sufrimiento material porque las privaciones económicas para la mayoría de la población no comenzaron a ceder sino hasta entrado este siglo. Y espiritual porque ninguna de las capas intelectuales europeas padeció con tanta intensidad como la alemana el desencanto del mundo, la retirada de Dios de sus contornos, que la modernidad trajo consigo a partir del siglo XVIII. Al alejarse el ser que les había prometido la salvación y felicidad eterna dejó a los forjadores de la cultura alemana huérfanos de su presencia. Algunos, como los románticos, se volvieron hacia el pasado para tratar de recuperar ese significado perdido; quisieron con el arte y la poesía atraer de nuevo al presente su existencia distante y lejana.² Otros más racionales como Hegel trasmutaron esa promesa en el fin

primordial del acontecer de la historia que tomó a partir de ahora el nombre de la libertad; es decir, de la emancipación espiritual, por medio del saber, de las condiciones naturales de la vida en donde yacen las formas de la finitud.

Fue Schopenhauer el único que, en la misma época, se propuso mirar de frente la realidad de este fenómeno que se manifestaba intensamente en los diversos aspectos de la vida de los alemanes. Decidió, sin tapujos ni prevenciones, hacerse cargo conceptualmente de él para tratar de determinarlo en su verdadera extensión. Pero al hacerlo, lo convirtió en la nueva sustancia absoluta que identifica de principio a fin la vida. “El sufrimiento constituye el fondo de toda vida”, nos dice en *En el mundo como voluntad y representación*. Pues ella no es el escenario donde es posible el cumplimiento del Querer o los deseos que la dominan sino, al contrario, la esfera donde ocurre su permanente insatisfacción, donde se afirma la nulidad real de su contenido. Lo único que la define en realidad es la de ser una pura, ciega e irracional voluntad de vivir. No existe naturalmente en esta vida ningún fin racional que pueda liberarla de esta constante voluntad que la hace ser puro sufrimiento. Al ser incapaz de cumplirse el Querer no encuentra sino la presencia, al mismo tiempo, densa y vacía de la nada, la ausencia reiterada del objeto a que aspira. No existe ningún medio real que pueda extirpar esta condición que la sustenta; sólo al

²La obra del romanticismo alemán, como se sabe, estuvo fundada en la irrupción poderosa de este sentimiento humano que experimenta la pérdida en el mundo socio-político y cultural del presente de los mitos religiosos con los que se representa, de manera viva y natural, el origen de la vida humana. Esa pérdida ocasionó la desintegración radical de ese mundo, la destrucción de su unidad esencial. Por eso era de capital importancia, para el destino de la historia actual, crear un nuevo horizonte mitológico en donde los hombres puedan volver a encontrarse en armonía consigo mismos y con el universo que los rodea. *El discurso sobre la mitología* de Federico Schlegel, que constituye el programa de ese primer romanticismo, señaló la necesidad de hacer una nueva mitología que le permitiera a la poesía recobrar en la vida pública ese viejo esplendor que tuvo en la antigüedad; una mitología que llenara a plenitud el contenido de sus palabras para que pudiera reinar sobre la vida individual y colectiva de manera soberana. Sólo así, entonces, podría el hombre moderno recuperar lo perdido que tanta falta le hace para alcanzar la felicidad.

escuchar los sonidos armoniosos y bellos de la música se puede, por un instante, contemplar los signos de ese ser que se niega en todas partes; se puede olvidar la nada que se es.

Esta imagen, ciertamente pesimista, de la vida que construyó Schopenhauer, inspirándose en esa religión atea (Kojève) que es del budismo, fue un hecho que, sin embargo, sacudió de raíz el predominio en la cultura alemana de la idea judeo-cristiana de la salvación eterna. La posibilidad de una vida eternamente feliz que se había apoderado de la cultura alemana desde la traducción de la *Biblia* hecha por Lutero quedó en entredicho por la carga nihilista del discurso de Schopenhauer. La pretendida verdad que guardaba se desmoronó, de pronto, por obra de un concepto filosófico que representó la naturaleza de la vida en uno de sus lados constitutivos. El hecho de que el dolor que la rodea o acecha incesantemente quedara integrado y pensado en un discurso filosófico hizo que, en el espacio de la cultura alemana, su existencia se volviera visible y consciente. Con la obra de Schopenhauer comenzó en la historia moderna de Alemania el derrumbe del valor cultural de esta idea tradicional que expresa el contenido de un deseo que no quiere ser ni mudo ni ciego; de un deseo naturalmente humano que aspira a trascender lo real que lo niega; a ir más allá del mundo que no le ofrece los medios de su satisfacción. Después de su crítica esta idea no volvió a tener en Alemania la validez cultural que tuvo en el pasado.

Pero esta crítica no fue de ningún modo suficiente para desterrarla del mundo, de la vida de los alemanes. El desenmascaramiento inte-

Desde esta perspectiva, entonces, el nazismo aparece en la escena política alemana de este siglo, como la voluntad que se propone completar, en toda su extensión real, la obra intelectual de Schopenhauer; es decir, como la voluntad, encarnada y organizada en poder político, de destruir la vida de todos y cada uno de los miembros de este pueblo para que no vuelva a existir el ideal supremo de la felicidad absoluta que "envenenó" el alma de los alemanes.

lectivo de su falsedad no condujo a su desaparición del horizonte significativo de la existencia. Y no fue así por dos razones fundamentales. La primera ligada a la naturaleza propia del discurso filosófico. Debido al carácter eminentemente abstracto de su forma de elaboración y exposición el alcance de sus conceptos no rebasa, sino después de una largo tiempo de una labor de ilustración educativa, el ámbito estrecho y limitado de la discusión especializada de los intelectuales. La mayoría del pueblo alemán continuó sin saber, y menos aún sin reconocer, el contenido de esta crítica que afectaba los fundamentos de sus creencias habituales. Y la segunda razón es la relacionada con el hecho de que los judíos permanecían profundamente integrados al conjunto de la vida social, política y cultural del país; los descendientes de quienes hace más de 3000 años forjaron esta idea habían estado, durante mucho tiempo, incorporados a la sociedad alemana. Esta larga presencia fue la que aseguró la reproducción y ampliación en la esfera de las actividades cotidianas y en los signos de la cultura su contenido esencial. Así entonces, la crítica filosófica emprendida contra su pretendida verdad se estrelló contra el muro resistente y sólido de la presencia física en la historia alemana del pueblo que la encarnaba con todo vigor. Era una crítica incapaz de suprimir por sí sola el objeto al que se dirigía.

Desde esta perspectiva, entonces, el nazismo aparece en la escena política alemana de este siglo, como la voluntad que se propone completar, en toda su extensión real, la obra intelectual de Schopenhauer; es decir, como la voluntad, encarnada y organizada en poder

lectivo de su falsedad no condujo a su desaparición del horizonte significativo de la existencia. Y no fue así por dos razones fundamentales. La primera ligada a la naturaleza propia del discurso filosófico. Debido al carácter eminentemente abstracto de su forma de elaboración y exposición el alcance de sus conceptos no rebasa, sino después de una largo tiempo de una labor de ilustración educativa, el ámbito estrecho y limitado de la discusión especializada de los intelectuales. La mayoría del pueblo alemán continuó sin saber, y menos aún sin reconocer, el contenido de esta crítica que afectaba los fundamentos de sus creencias habituales. Y la segunda razón es la relacionada con el hecho de que los judíos permanecían profundamente integrados al conjunto de la vida social, política y cultural del país; los descendientes de quienes hace más de 3000 años forjaron esta idea habían estado, durante mucho tiempo, incorporados a la sociedad alemana. Esta larga presencia fue la que aseguró la reproducción y ampliación en la esfera de las actividades cotidianas y en los signos de la cultura su contenido esencial. Así entonces, la crítica filosófica emprendida contra su pretendida verdad se estrelló contra el muro resistente y sólido de la presencia física en la historia alemana del pueblo que la encarnaba con todo vigor. Era una crítica incapaz de suprimir por sí sola el objeto al que se dirigía.

político, de destruir la vida de todos y cada uno de los miembros de este pueblo para que no vuelva a existir el ideal supremo de la felicidad absoluta que “envenenó” el alma de los alemanes. El fin de su tarea fue, en esencia, reducir a la nada la presencia cultural de esta idea por medio de la destrucción física de sus portadores. Por eso, los nazis armados con los dispositivos destructivos más brutales, intentaron asegurar el triunfo absoluto de la “refutación” del ideal judeo-cristiano que Schopenhauer había elaborado discursivamente. Con su acción el aparato de poder nazi lo que hizo, en el fondo invisible de sus marcas, fue pretender “demostrar” la verdad de su concepción de la vida. Pues al sacrificar a 6 millones de judíos en los campos de concentración, fabricaron con

Quando esto ocurre así, la idea en la que se apoya el ejercicio del poder adquiere la condición de ser verdadera en sí y por sí misma; su “verdad” queda fundada no en la existencia de razones válidas que puedan esgrimirse en cada ocasión que sea necesario, sino en la acción coercitiva de ese poder al que justifica y del que, al mismo tiempo, se sostiene y alimenta para reproducirse en la sociedad.

medios técnico-militares, un sufrimiento inconmensurable en la vida de los hombres modernos. Ahí, en esos sitios, el dolor dejó de ser simplemente una expresión natural de la vida para convertirse en un efecto producido y planificado por un poder político que lo había erigido, desde su constitución, en el fin supremo de su actividad. El contenido de este acto de aniquilamiento fue, entonces, el de crear un espacio intenso y desmesurado de sufrimiento humano, precisamente en la vida de quienes

culturalmente lo han considerado como un fenómeno puramente transitorio y aparente. En caso de que este propósito hubiera triunfado finalmente y los nazis hubieran “liberado” a Alemania de la presencia física y espiritual de los judíos, se habría establecido, sin duda, la plenitud de esta imagen que tenían del ser de la vida humana que no era sino la del rostro vacío de la nada, la forma amorfa de su negación absoluta. Sólo su derrota militar en la guerra salvó a la humanidad de ese destino que anunciaron, con inscripciones reales, en su voluntad de poder.

Fue, entonces, una secreta y desmesurada voluntad de verdad que anidó en el poder nazi, la que lo impulsó a realizar esta acción de aniquilamiento masivo de los judíos. La interpretación que propone Borges en su texto gira implícitamente sobre este eje central. La voluntad de poder que los nazis encarnaron y expusieron no fue realmente primordial.

Estuvo, al contrario, subordinada a esta pretensión de imponer lo que ellos creían, ciega e irracionalmente, que era la verdad. En este sentido podemos leer en el escritor argentino una relación invertida entre la verdad y el poder de la que Nietzsche formulara el siglo pasado. Pues a diferencia del filósofo alemán que considera que la verdad y el saber son máscaras externas con las que se esconde o disimula el ejercicio coactivo y violento del poder, Borges piensa que es la aspiración incondicional y absoluta por la verdad la que conduce a la práctica de esa violencia técnica y políticamente organizada. La acción destructiva del poder no es sino un medio más apropiado para cumplir el contenido de esta voluntad que está en el centro de la vida del hombre moderno y que los nazis encarnaron en su forma más extrema y deslimitada. La voluntad de verdad cuando se torna irracional -es decir, incapaz de

fundamentar con argumentos universalmente válidos su contenido- despeja siempre el camino para que los hombres que la asumen cometan los peores actos de barbarie. Por eso el Tercer Reich puede ser considerado como el fenómeno político, que con más transparencia brutal, ha cristalizado en la modernidad los efectos prácticos de una voluntad de verdad que se afirma sin cesar de un modo ciego y absoluto³.

Pero, como la irrupción de su poder constató, este modo de ser específico de la voluntad de verdad es posible sólo cuando las ideas que la componen no se exponen al libre examen público para cerciorarse de su validez general; es decir, para asegurarse con argumentos la validez que pretenden o despojarse de ella cuando se encuentran frente a una razón o hecho empírico que ponga en evidencia su inconsistencia cognoscitiva o su ilegitimidad normativa. Este giro irracional de la moderna voluntad de verdad brota de este hecho fundamental por el que los hombres que la sostienen no admiten o permiten, con los medios de poder que disponen, que su contenido se someta a la *crítica pública* de otros sujetos sociales. Cuando esto ocurre así, la idea en la que se apoya el ejercicio del poder adquiere la condición de ser verdadera en sí y por sí misma; su "verdad" queda fundada no en la existencia de razones válidas que puedan esgrimirse en cada ocasión que sea necesario, sino en la acción coercitiva de ese poder al que justifica y del que, al mismo tiempo, se sostiene y alimenta para reproducirse en la sociedad. Los nazis llevaron a cabo esta transformación negativa de la voluntad de verdad de manera

completa. Una de las "verdades" más decisivas en las que se apoyó su dominio -la de que la vida humana no vale nada por ser natural e invariablemente puro sufrimiento- la pretendieron imponer a la fuerza en Alemania y en todo el mundo europeo. Pero no para "convencer" a sus destinatarios principales, los judíos, de su validez cognoscitiva sino para asegurar, de una vez y para siempre, su reino incondicional en el lugar donde efectivamente se verifica, en la fosa común de la muerte.

hojas Universitarias.....

³El stalinismo también puede ser considerado en este aspecto como un equivalente del nazismo. El sacrificio mortal que impuso su maquinaria estatal a millones a campesinos, obreros e intelectuales soviéticos en la década del 30 y del 40 en los campos de trabajos forzados -en los Gulag- estuvo regido por esta voluntad de demostrar la verdad de las ideas marxistas expuestas en su versión más dogmática e irracional. El inmenso y cerrado poder que construyó sobre la sociedad se sostuvo en esta falsa pretensión que sólo le sirvió para justificar ideológicamente los innumerables crímenes que cometió.